

de 1837, y las leyes del Reino; ser fiel á la Reina D.^a Isabel II, y no mirar en cuanto hiciese, más que al bien y provecho de la nacion. Veintiun cañonazos anunciaron al pueblo de Madrid la realizacion de aquel acto, y despues en un sentido discurso, el duque de la Victoria anunció al pueblo español su firme propósito de conservar las leyes, la Constitucion y el trono á costa de todos los sacrificios que fueran necesarios, contando con la confianza y la voluntad de los pueblos, y la cooperacion de los Cuerpos colegisladores y de todas las autoridades del reino. «En campaña, dijo, siempre se me ha visto como el primer soldado del ejército, pronto á sacrificar mi vida por la patria. Hoy como primer magistrado jamás perderé de vista que el menosprecio de las leyes y la alteracion del órden social son siempre el resultado de la debilidad y de la incertidumbre de los gobiernos. Señores senadores y diputados: contad siempre conmigo, para sostener todos los actos inherentes al gobierno representativo. Yo cuento con que los representantes de la nacion, serán tambien los consejeros del trono constitucional, en el cual descansa la gloria y prosperidad de la patria.»

Estas palabras fueron acogidas con trasportes de entusiasmo por parte de todos los concurrentes, que creyeron que habia llegado por fin el caso de que España gozara tranquilamente de los beneficios de la paz y de la libertad que tan dolorosos esfuerzos habia costado el conquistar. No habia llegado por desgracia el momento del descanso y de la tranquilidad, en una nacion en que elementos encontrados conspiraban de continuo á alterar el órden, y ambiciosas y bajas pasiones se afanaban en trastornar los elementos de libertad y dicha, que se trataba de consolidar.

Espartero tenia fuertes y numerosos enemigos, que llegarían en un dia á reunir todos sus esfuerzos para derrocarlo. El partido carlista no estaba aun muerto; y á nadie debia de aborrecer tanto como al hombre que habia aniquilado sus fuerzas y sus esperanzas. María Cristina, y á sus espaldas el partido moderado, no habian de perdonarle su elevacion que creian usurpada, y la energía con que sostenia la causa de la libertad; y valiéndose de sus arteras intrigas y de sus grandes riquezas, tratarían de minar aquel poder que les impedia hacerse dueños de una gran nacion. Entre los mismos liberales no faltaban hombres que, por sus exagerados principios, por su natural inquietud ó su receloso carácter, que les habia de llevar á figurarse que el regente abusaria de su poder, se mostrarían descontentos de su marcha política, y llegarían á conspirar para derrocarlo del puesto á que ellos mismos habian contribuido á elevarle. En las naciones extranjeras tenia tambien poderosos enemigos: las potencias del Norte, ligadas por el despotismo de sus gobiernos á la causa de D. Carlos, que era la suya; la córte romana, enemiga irreconciliable de toda idea liberal y de las reformas eclesiásticas del partido progresista que la herian en los intereses materiales; el gobierno de Luis Felipe, aliado de los moderados, por cuyo medio intentaba esplotar y dominar la España; todos estos elementos contrarios al duque de la Victoria, habrian de trabajar para consumir su ruina.

Si añadimos á esto, que la Constitucion, desprovista aun de leyes secundarias, dejaba un flanco abierto á la reaccion, y que cualquier abuso ó paso imprudente del Gobierno habria de considerarse como un crimen, cuya responsabili-